

Los Apátridas

La Resucitadora



Ester Pablos



Escarlata
JUVENIL

Los Apátridas

La Resucitadora



Ester Pablos

 **Escarlata**
EDICIONES

Los Apátridas. La Resucitadora.

Primera edición: noviembre, 2015

© Ester Pablos, 2015

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2015

www.escarlataediciones.com

Barcelona

ISBN: 978-84-16618-05-7

IBIC: YFG

Ilustración de las cubiertas: ©Sarima

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

¡Lázaro, sal fuera!

Jesús de Nazaret, La Sagrada Biblia



Prólogo

Desierto del Kalahari

Llevaba días sin comer y apenas le quedaban unas gotas de agua en la cantimplora. Samuel Wallace sabía que estaba a punto de morir. Tenía la certeza de que si se sentaba, aunque fuera solo durante un instante, no podría levantarse de nuevo. Debía seguir caminando.

El abrasador sol del desierto lo mortificaba durante el día, cubriendo su cuerpo semidesnudo de llagas y quemaduras. Durante la noche, en cambio, el frío lo atenazaba hasta provocarle convulsiones.

Sus pies estaban tan hinchados y cubiertos de sangre que ya no le quedaban fuerzas para seguir ocultando sus huellas. Había intentado borrar su rastro desde que se había zafado de los hombres de Marc Lucien. Sabía que aún lo seguían y que no se detendrían hasta dar con él, pero debía hacer todo lo posible por cumplir su cometido. De modo que el hombre continuó andando durante dos kilómetros más. A lo lejos, el horizonte temblaba, difuminado en olas ascen-

dentes de aire caliente.

Totalmente extenuado, Samuel tropezó. Sus piernas se doblaron como si fueran un par de ramas secas y el hombre se dio de bruces contra la arena rojiza.

Una acacia se asomaba desafiante un par de metros más adelante y el maltrecho viajero la observó con abatimiento. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrastró hacia ella, con la intención de colocar la cabeza bajo su sombra.

A medida que avanzaba, los rayos del sol se proyectaron sobre un curioso anillo engarzado en el dedo índice de su mano izquierda. Era de oro y estaba adornado en su cara exterior con la imagen simplificada de un fénix. La piel de sus dedos estaba surcada de ampollas y el brillante metal de aquel objeto le quemaba. Sin embargo, Samuel Wallace no se lo quitó y, haciendo caso omiso del dolor que sentía, se deslizó como un reptil moribundo en busca de su guarida.

Una vez hubo alcanzado la porción de terreno oscurecida por el árbol, el joven se desplomó preso del agotamiento. Apenas quedaba espacio en su mente para saborear el amargo sentimiento de culpabilidad que lo invadía.

Entonces, su cuerpo se relajó lentamente y sus párpados se cerraron por completo.



Capítulo 1

El misionero del Kalahari

Aquella tarde nuestros guías del safari *Alashe Wildtrips*, Lewis Frost y Nathan Sutton, nos llevaron en su *jeep* de la empresa desde el campamento móvil hasta el lugar donde, según ellos, podríamos contemplar algunos ejemplares de la fauna local.

Era mi décimo cumpleaños y estaba tan emocionada que apenas podía permanecer sobre mi asiento más de dos minutos seguidos. Mis padres habían ahorrado durante bastante tiempo con la intención de realizar aquel viaje, pero no me habían dicho nada. Cuando tres días atrás me habían asegurado que me llevarían con ellos a un safari en el continente africano, había creído que me estaban tomando el pelo. Era demasiado bueno como para ser cierto. Pero a medida que pasaban los días y avanzaban los preparativos, me di cuenta de que, definitivamente, hablaban en serio.

Ese safari era uno de los pocos que ofrecían la posibilidad de disfrutar una experiencia única en familia. No había mu-

chas empresas que permitieran a los padres traer a sus hijos menores de edad a un lugar que muchos consideraban peligroso. Todo estaba tan bien organizado y presentado que nadie en su sano juicio —y con el dinero suficiente— habría desperdiciado la oportunidad.

De modo que abandonamos nuestra apacible estancia en el campamento, donde disfrutábamos de más comodidades de las que muchos podrían imaginar, y nos adentramos en el desierto del Kalahari con la feliz ignorancia de quienes nunca antes han puesto el pie en un lugar exótico.

Nuestros guías, Lewis y Nathan, eran muy simpáticos y profesionales; siempre sabían cuándo debían mostrarse autoritarios y cuándo bromear. Lewis era el más alto y el color de su cabello era de un rubio similar al mío, aunque más oscuro. Sus ojos castaños rebosaban energía y unas cuantas pecas cubrían sus mejillas, enmascaradas casi en su totalidad debido al matiz tostado de su piel. Vestía una sencilla camiseta gris con el logotipo de los Rolling Stones y unos vaqueros desgastados repletos de bolsillos. Nathan, en cambio, era moreno y llevaba una cola de caballo que habría provocado la envidia de cualquier mujer. Atado a la cabeza portaba un pañuelo de camuflaje, y llevaba puesta una camiseta negra de tirantes, al estilo militar, y unos pantalones a juego con su pañuelo. Era más callado y sereno que su compañero, pero siempre tenía una palabra agradable para todo el mundo.

El vehículo constaba de nueve plazas. Nosotros nos habíamos adueñado de los asientos traseros, mientras que un matrimonio de japoneses junto con sus dos hijos se había

colocado en las filas de delante.

Los cuatro disparaban el flash de sus cámaras Yashica con gran maestría y solo dejaban de presionar los botones para comentar cosas en su idioma, de forma esporádica. El bueno de Lewis trataba de sacarles algo de conversación desde el asiento del copiloto, pero no conseguía más que alguna respuesta ocasional seguida de una tímida sonrisa.

Yo no perdí más el tiempo y le pedí los prismáticos a mi padre, aprovechando que no los estaba utilizando. Tanto él como mi madre estaban manteniendo una animada charla sobre temas que no me interesaban en lo más mínimo y necesitaba con desesperación poner fin a aquella situación.

—¡Papá, déjamelos! —insistí, por enésima vez. Él estaba encantado con mis muestras de entusiasmo y por ello no me pedía que me comportase, pero mi madre nunca había tenido la misma paciencia y ya me había ordenado en dos ocasiones que me sentara e hiciera el favor de tranquilizarme. Cuando me quité el cinturón para poder moverme con mayor libertad, no pudo contenerse por más tiempo y me reprendió.

—Latanisha, ¡ponte el cinturón ahora mismo!

Aprovechando que era mi padre quien se sentaba a mi lado, le saqué la lengua. Él debió ponerse de acuerdo con ella a velocidad telepática, por lo que reaccionó *ipso facto* y me abrochó el cinturón con inusitada rapidez.

—Podría ser peligroso, Latanisha. Haz caso a tu madre.

Puse ojos de corderito degollado. Al comprobar que no funcionaba, solté un bufido y me coloqué los binoculares sobre los ojos para contemplar mejor el paisaje.

No llevaba ni diez minutos observando el horizonte a través de las lentes de los prismáticos cuando un destello me cegó por un breve espacio de tiempo. Cerré los ojos y me los froté a conciencia, antes de lanzar otro vistazo en la dirección de aquel extraño centelleo. El *jeep* avanzó unos metros y la luz que había impactado contra los cristales se extinguió.

Al cambiar de ángulo, vi algo que me dejó totalmente impactada y asustada a la vez, de manera que atrapé la manga de la camisa de cuadros de mi padre y tiré de ella para llamar su atención.

—¡Papá! Allí hay algo... Creo que es un hombre.

Él tardó unos instantes en procesar mis palabras. Tras evaluar mi desconcertada expresión, decidió arrebatarme los prismáticos y preguntarme dónde lo había visto. Le indiqué el lugar aproximado con el dedo, mientras el vehículo avanzaba con lentitud y él escudriñó el terreno durante unos segundos. Después abrió la boca y exclamó con urgencia:

—¡Dios Bendito! ¡Es verdad! ¡Hay alguien allí, al lado de ese árbol!

Nuestros guías detuvieron el automóvil de forma abrupta y la familia de japoneses intercambió una serie de miradas tiznadas de confusión. Lewis Frost y Nathan Sutton se dieron la vuelta para encararse con nosotros. Tras una breve discusión, el joven rubio le pidió a nuestro curtido conductor que se dirigiera hacia el lugar donde afirmábamos haber divisado al hombre.

Todos contuvimos la respiración cuando comprobamos que no se trataba de un espejismo. Había un tipo tirado

junto a una acacia.

Y no se movía.

Cuando comprobaron que no hubiera animales salvajes cerca, mi padre y los dos guías se apearon el vehículo y se acercaron al misterioso individuo, que estaba ataviado con unos pantalones cortos hechos girones.

Mi padre, Luca D'Angelo, había estudiado medicina, pero hacía años que se dedicaba a la docencia en la Escuela Médica Universitaria de Saint Damien, en Boston. Aun así, decidió intervenir.

Tras un rápido examen descubrieron que, por increíble que pudiera parecer, aquel hombre seguía con vida. Sin embargo, necesitaba atención médica urgente.

Al tiempo que mi padre y Lewis llevaban al herido hasta la parte trasera del *Land Rover*, Nathan trató de contactar con el cuerpo de policía de Botsuana. El campamento de *Alashe Wildtrips* estaba tan lejos de cualquier zona habitada que lo más recomendable era que transportaran al herido ellos mismos en el *jeep*, con el riesgo que eso suponía para la propia empresa. Si el hombre moría durante el trayecto, toda la responsabilidad recaería sobre nuestros guías. La policía, por otro lado, tardaría demasiado en llegar a la zona, de modo que se les planteaba un gran dilema.

Después de discutir las distintas opciones que tenían, Nathan y Lewis accedieron a realizar el traslado. Se subieron de nuevo al vehículo y mi padre se quedó junto al maltrecho desconocido con la intención de mantenerlo con vida hasta que llegáramos a nuestro destino.

—No lleva identificación de ningún tipo. ¿De dónde crees

que viene? —le preguntó Lewis a su compañero, visiblemente desconcertado.

Nathan tardó en proporcionarle una contestación. Su rostro ya no esbozaba su habitual expresión serena, sino una mueca de preocupación.

—No lo sé... Quizás de la reserva. Podría ser un furtivo, pero no lleva armas. Cualquiera diría que acaba de salir de una guerra. —Tras una leve pausa, continuó—: No puedo creer que todavía esté vivo. Es casi un milagro.

Al tiempo que ellos intentaban formarse una opinión sobre el desconocido, uno de los niños japoneses me entregó una botella de agua, señalando con la cabeza al hombre herido. Yo la recogí y se la di a mi padre.

Luca D'Angelo mojó los labios del moribundo con el líquido transparente, pero él no reaccionó. Su tez estaba tan cubierta de llagas y quemaduras que apenas se podían distinguir sus facciones. A pesar de ello, parecía de origen occidental, por lo que mi padre le hablaba en inglés y con voz pausada.

—Aguanta, hombre —le repetía de forma rítmica—, sé fuerte. Ya queda menos.

Si el hombre lo escuchó, no emitió ningún sonido ni se movió.

Por mi parte, apenas era capaz de apartar la vista de él. Estaba tan sorprendida y ansiosa por aquel encuentro que no fui capaz de pronunciar palabra alguna en todo el viaje. Lo único que podía hacer era observar cómo el pecho desnudo y cubierto de sangre del malherido ascendía y descendía pesadamente. También reparé en el pintoresco anillo que

llevaba. Por alguna razón, aquella joya ejercía una atracción casi magnética sobre mí.

Iba a preguntarle a mi madre qué simbolizaba la figura representada en la imagen, pero ella estaba tan concentrada en el anillo como yo, y no era preocupación lo que se podía percibir en su rostro, sino algo mucho más intenso... Una inquietante expresión de temor.

«¿Es que esa imagen le recuerda a algo?» pensé, intrigada.

Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, disimuló su expresión atormentada con una sonrisa forzada y acarició mi espalda con la mano.

—No te preocupes, Latanisha. Todo va a salir bien.

Yo asentí con lentitud y centré mi atención de nuevo en el hombre misterioso. Algo me decía que no había sido del todo sincera conmigo.

Si quieres seguir leyendo entra en

www.escarlataediciones.com

y hazte con un ejemplar en ebook o en papel.



¡Muchas gracias!